

## Dramatis personae

ARTURO PIÑEIRO, ex boxeador, ex legionario,  
alias *Robinson*, alias CARONTE

SIGRÁS, alias *Morfeo*

LUCÍA, costurera y cantante, compañera de  
CARONTE

MEDIAS VERMELLAS

EL OBLICUO, interrogador

ALTO, interrogador

ROCCO, compañero de calabozo de CARONTE

EL BARBERO

GLORIA, hermana de LUCÍA

ANNA, pintora

LANZAROTE

HOMBRES DE SOMBRA

---

## Escena primera

*Sonido de sirena de barco. Bullicio portuario. En La Boîte de Pandora, Arturo Piñeiro —alias Caronte—, ex legionario, ex boxeador, atiende la barra del local. Aún no ha entrado la clientela del mediodía y Caronte charla con un habitual, Sigrás, situado en la penumbra como si quisiera apartarse de la luz y hacerse pasar por una parte más del mobiliario. En el exterior hay trajín de rederas, pescantinas y marineros. En el local, de vez en cuando, se escucha cantar a alguien en la minúscula cocina del bar. Es Lucía, la mujer de Caronte. Tiene una hermosa voz, con la intensa convicción del mar, que desaloja el silencio y se hace con la atmósfera.*

SIGRÁS

Cuarenta años de crimen de Estado. Cuarenta años en manos de impunes criminales de guerra, con una jefatura bendecida por la Iglesia. ¡Qué pesadilla de historia! ¿Dónde está el libro de reclamaciones, Caronte?

## CARONTE

*(Juega con un pequeño trompo, una de esas peonzas que se mueven con el impulso de la mano, y que hace girar sobre la barra.)* La palmó. ¡Ahí va un dios acuñado en patacón! *(Mira en perspectiva y habla con ironía apocalíptica.)* Enseguida veremos oscurecerse el cielo con el vuelo del gallinero.

## SIGRÁS

Para el carro. No me fío. Nunca me fiaré.

*Justo delante de La Boîte de Pandora se detiene La Muchacha de las Medias Vermellas. Tiene todas las edades en el rostro y en el cuerpo. Una presencia cubista. Habla en retazos de apariencia inconexa, como un idioma hecho añicos, y con onomatopeyas sentimentales.*

## MEDIAS VERMELLAS

El frío no es una propiedad. Es ausencia de calor en la materia. Un aeroplano sulfató los pentagramas. Las personas hablaban con bocanadas de humo. El silencio mudo. Bofetadas al payaso, zancadillas a Charlot. El mar con los labios secos. Los trescientos cuervos. Los cien mil estorninos. Todos cayendo por el hueco de la niebla. Chissst, plaf, catacroc, pumba. ¡Uno, dos, tres, probando, cuuuumbia! Murió el dictador. La

---

espichó el tirano. ¡Allá va el ruin espadón!  
¡Ssssss, pum, pum, pum!

CARONTE

¡Eh, Medias Vermellas!

*La Muchacha de las Medias Vermellas se queda inmóvil, con ojos de espanto, intentando saber de dónde vienen las voces que la llaman. Atónita, echa a correr y desaparece.*

CARONTE

¡Eh, toma algo! Sólo quería que tomase algo...

SIGRÁS

Ya te dije que no la llamas con ese vozarrón.

CARONTE

¿Qué vozarrón?

*Sale Lucía.*

LUCÍA

¿Qué pasó? Ya has vuelto a espantarla.

CARONTE

*(Se mira las manos con inocencia y extrañeza.)* ¿Yo? Yo sólo quería invitarla. Que tomase algo.

LUCÍA

(*Con el dedo índice amonesta a Caronte, con una seriedad cariñosa.*) La mano más grande. La cuerda vocal más gruesa. La campana más grave del carillón.

SIGRÁS

¡Un intelectual! ¡Un atleta! ¡Un alípede!

CARONTE

(*Indiferente a la broma, sigue pensando en Medias Vermellas.*) No me extraña el apodo que tiene. Es como una india salvaje. ¿Qué comerá?

LUCÍA

¿Qué comerá, dices? Las raspas de las palabras. Los huesos de las frases. Las chispas, las sombras. El resto son sobras.

CARONTE

Después me lo explicas, Lucía. Lo de las raspas de las palabras. Lo de los huesos de las frases lo he entendido mejor.

LUCÍA

No te hagas el tonto. Sabes de qué hablo. Tú mismo has dicho que no hay peor hambre que la de las palabras.

SIGRÁS

Siempre he pensado que a este local lo deberíais llamar la «Real Academia».

CARONTE

Pues a mí el desvarío de la mujer esa de las Medias Vermellas me pone de los nervios. Me perturba. Me suena como una radio averiada. (*Pensativo.*) No hay aparato más triste que una radio averiada.

LUCÍA

Lo único que le queda son esas palabras lisiadas, heridas. Lo que lleva escondido en los agujeros de las muelas. Eso, y el peso que lleva encima de la cabeza. Sigrás conoce bien esa historia.

SIGRÁS

(*Mastica el aire, antes de desgranar los recuerdos.*) La destrozaron por dentro y por fuera. Primero un cabrón le marcó la cara porque ella lo quiso dejar, porque no lo aguantó más. Y el muy ruin fue y le desgració la cara para siempre. Ella quería irse a América, pero con la cara rajada ya no quiso ir a ninguna parte.

LUCÍA

Lo que nunca cuentas es quién fue el  
carnicero.

*Sigrás se queda en silencio.*

CARONTE

¿Quién fue?

SIGRÁS

*(Hace pantalla con la mano, como si no  
oyese bien.)* ¿Quién fue el qué?

LUCÍA

El que le rajó la cara.

SIGRÁS

De eso ya hace mucho. El caso está en  
manos de los gusanos.

LUCÍA

*(Insistente.)* ¿Quién fue?

SIGRÁS

Su padre. Fue su padre.

*Caronte se queda pensativo. Después saca  
el trompo del bolsillo y lo hace girar con rabia  
en la barra. Sigrás continúa con el relato, pero*

---

*como si estuviese hablando solo, emitiendo él mismo como una radio sin destinatario.*

SIGRÁS

Al poco tiempo empezó la guerra, y le hicieron la vida imposible. Si no te arrodillabas, ya se sabe, tenías el demonio en el cuerpo.

LUCÍA

Ésa es una de las cuentas que nunca se echan. Llega un momento en que se cuentan los muertos. Pero las vidas rotas, no. El diezmo de las almas heridas. Eso no se cuenta.

CARONTE

*(Hace girar el trompo de modo compulsivo.)* En eso estoy de acuerdo.

SIGRÁS

Era una de las más valientes... De la red de apoyo del «Despertar Marítimo». Ayudaron a huir a muchos perseguidos. Este puerto era un almero, un vivero de almas, hasta que llegó el espanto, la Marca del Miedo. La gente arrojaba sus sueños al mar, en la Dársena. Así están los mújoles, gordos como cerdos.



CARONTE

Por eso me da aún más escalofríos esa letanía sin sentido. Ese hablar hecho añicos.

LUCÍA

Son pavesas, Caronte. El mundo está roto y hay que oír a las pavesas.

SIGRÁS

Y a las sombras también hay que oírlas. Te lo digo yo, que estoy medio sordo.

*Lucía vuelve a la cocina y comienza a cantar un fado portugués.*

LUCÍA

«Podes sorrir / Podes mentir / Podes chorar tambem / De quem eu gosto / Nem às paredes confesso...»

SIGRÁS

¡Qué bien canta!

CARONTE

Sí.

SIGRÁS

Eso es un don. Como la luz del sol.

---

CARONTE

Sí.

SIGRÁS

No hay quien lo pague.

CARONTE

No. No tiene precio.

*Cuando la voz se desvanece, Caronte vuelve a hacer girar su trompo sobre la barra.*

CARONTE

*(Cuando el trompo se detiene.)* ¡Allá va el dios de los patacones!

SIGRÁS

*(Después de beber un trago.)* Y a ti ¿cómo te llamaban en la cárcel? ¿También Caronte?

CARONTE

No, en la cárcel me llamaban Robinson, como yo quería. Fue en el único sitio donde me respetaron el alias. Hay una educación para esas cosas. Si tú eres boxeador y te llamas Robinson, pues la gente te llama Robinson. *(Hace un gesto enérgico de limpiar con la bayeta una mancha sobre la*

---

*barra, y el brazo friega —por un instante compulsivamente— como si golpease el punching ball.)* Lo de Caronte, ya sabes, fue cosa de él.

*Los dos se quedan abstraídos por un instante, hasta que Caronte hace girar otra vez el trompo.*

SIGRÁS

¿Respetar en la cárcel? En la cárcel no se respetaba nada. Cuando camino sigo sintiendo el peso de los grilletes y los tobillos despellejados como si viniese de la Edad Media. Y además, casi me dejaron sordo con aquella paliza.

CARONTE

Casi, no. El aplauso le llamaban a aquella tortura. Un aplauso que reventaba los tímpanos. Eran tiempos de eufemismos.

SIGRÁS

*(Gritando.)* ¿Qué?

CARONTE

*(Muy alto.)* Casi, no. Te dejaron sordo. Sordo como una tapia.

SIGRÁS

No grites tanto cuando me hablas. Si quiero, puedo oír una sombra. (*Pausa, trago, luego los dos parecen intentarlo, oír lo invisible.*) Mucho esperamos por él. ¿Cómo se llamaba el dichoso barco?

CARONTE

No me acuerdo. Ni me acordaba entonces, ni ahora. Siempre tuve problemas con ese nombre. (*Grita hacia la cocina.*) ¡Lucía, Lucía!

*Lucía es una silueta que se mueve tras el cristal esmerilado de la cocina.*

LUCÍA

¿Qué quieres?

CARONTE

¿Cómo se llamaba el barco?

LUCÍA

¿El barco? Aquel por el que tanto esperamos. La contraseña.

*Un paréntesis de silencio. Él está a la escucha, como si supiera ya que no es necesario dar más explicaciones sobre aquel barco por el que esperaron en el pasado.*

LUCÍA

¡Understood!

SIGRÁS

¿Cómo ha dicho?

CARONTE

Olivetti. Se llamaba Olivetti. (*Pausa.*) Lo de Caronte me lo puso él. Era el barquero que iba entre la vida y la muerte. No estaba mal pensado. Y así me quedó. Al principio era un nombre clandestino. Pero cuando me detuvo la Brigada Especial salí con foto y todo en el periódico, y con el sobrenombre muy destacado en el titular, como si fuese un delincuente. Lo estoy viendo. (*Hace el gesto de escribir un gran titular en el aire.*) «Capturado el peligroso subversivo Arturo Piñeiro, alias Caronte.»

SIGRÁS

(*Que parece oír bien cuando quiere, con sorna.*) No estaba mal como propaganda.

CARONTE

Ya me gustaría en mis tiempos de bo-xeador. No conseguí salir ni en las páginas de Sucesos.

SIGRÁS

Tuviste suerte. Hay quien no sale ni en las esquelas.

CARONTE

Mejor. ¡A la muerte, ni un duro! Por mí pueden cerrar los obituarios y las pompas fúnebres. Yo ya le dije a Lucía que ni un céntimo, a la muerte nada de propina.

SIGRÁS

*(Preocupado, echando otro trago.)* Entonces..., entonces este vaso lo apunto en tu cuenta.

CARONTE

Sí, aprovecha ahora. *(Se queda pensativo y observa a Sigrás mientras bebe.)* Tú, tú eras Morfeo.

SIGRÁS

*(Pone la mano a modo de pantalla.)*  
¿Qué?

CARONTE

*(Observando a Sigrás.)* Eso. Te llamas...

## SIGRÁS

*(Irritado, levanta los brazos en un gesto de que ya es suficiente.)* ¡Ya sé, ya sé! No hace falta que lo repitas tantas veces.

*Caronte ríe para sí, está hilvanando recuerdos. De repente se pone serio. Mira hacia un lugar indefinido, con inquietud y tristeza, como si sintiera caer el peso de las sombras a la manera de un fardo humano.*

## CARONTE

Por aquel entonces yo intenté borrarlo todo de mi memoria. Juré que nunca sería un judas. Que me colgaría de la higuera antes y no después de una traición. Y muchas hostias me llevé por ti, Sigrás. Preguntaban por Morfeo y yo no me acordaba. Y ellos, ¡zas, zas! Pero yo no me acordaba de quién carajo era Morfeo. Y preguntaban por Judit. Y ¡zas, zas! Y por Lanzarote. Por ése mucho preguntaron, carajo. Mucho, mucho. ¡Carajo si preguntaron! Pero yo no me acordaba de nada. Nada. ¿Lanzarote? ¡Yo qué sé!

*Vuelve Lucía de la cocina.*

## LUCÍA

Ahora dejadme un rato a solas. Voy a intentar que esa mujer coma algo. Les tiene

miedo a los hombres, por algo será. Hay muchos de la estirpe del demonio. Un día probó mis erizos. Sí, le gustan los erizos. No me extraña. Son como puñetazos de mar. Se suben a la cabeza como el mejor licor. Son sabrosos como los pecados. Las fresas también. Sí. Así. Muy bien. Las fresas. ¡Eh, eh, espera!...